

# E. MIRET MAGDA LENA

**L**OS puritanos sexuales no están sólo entre los integristas cristianos. Se encuentran también entre quienes no hacen alarde de profesión religiosa específica.

La raíz es la misma: la proyección de nuestros deseos inconscientes sobre los demás, atribuyéndoles aquellas tendencias que creemos inconfesables. Reaccionamos simbólicamente de esta manera camuflada. Lo que deseamos internamente, y que creemos es el fondo prohibido, lo proyectamos sobre los otros; y nos escandalizamos cuando lo vemos en los demás prohibiendo o intentando prohibirlo en los otros. "Inmoralidades" estas a las que nosotros nos consideramos ajenos, aunque no lo sea en el fondo porque las deseamos sin confesárnoslo. He conocido un ingeniero muy puritano, que estaba deseando le nombrasen censor de cine, para así poder asistir a las películas que no permitía ver a su familia: era víctima inconsciente de un "voyeurismo", o deseo de mirar infantil. O un sacerdote, de una institución religiosa muy estricta, que se dedicaba a la lucha contra la pornografía, y vivía todo el día envuelto en textos, imágenes y conversaciones del más subido y crudo erotismo, justificando su empleo por motivos de lucha contra el mal. Así satisfacía, también sin confesárselo, su infantil deseo sexual de "voyeurismo", sin ir contra la estricta moral que predicaba, sino al contrario rompiendo lanzas por ella, y sintiéndose un héroe de pureza en medio de los pecados de la sociedad actual.

Este "voyeurismo" está muy extendido en nuestro país. Somos víctimas de un defectuoso desarrollo psicológico infantil que exige inconscientemente, y busca salidas "morales" para él.

El strip-tease —que tanto deseamos ver los españoles— no es más que el mecánico procedimiento de satisfacer esa tendencia mal desarrollada, que pertenece al estadio infantil de nuestra evolución psicológica: el impulso a mirar. Pero envuelta con el disfraz misterioso del sexo como atractivo. "El strip-tease y el chiste sucio... es una promesa de satisfacer viejos deseos infantiles... como es el impulso a mirar", dice el psiquiatra americano profesor M. Grotjahn (La máscara burlesca, Ed. Morata, 1961) -

Este psiquiatra observa que "el strip-tease y el chiste subido de color... sirven, como el sarcasmo, de válvula de escape a la agresión disimulada y satisfacen placeres infantiles" (o. c.). No satisfacen sexualmente, pero sí satisfacen catárticamente los deseos "pre-genitales" de mirar, y además tranquilizan la infantil inseguridad del varón ante la mujer.

Esto es lo que la psicología profunda averigua ante estas manifestaciones de nuestra civilización, exhibiendo el desnudo por nuevos caminos cuando antes se veía sólo

en las bellas artes o en la vida erótica manifestada muy principalmente en el arte religioso de los templos hindúes.

Nuestro cine, puritanamente reprimido en esta manifestación del desnudo, accede ahora a una nueva actitud que ha merecido muy diversas apreciaciones. Los católicos "ultras" se rasgan las vestiduras ante la permisividad oficial del desnudo en las películas que se proyectan en nuestros cines. Los puritanos que no son religiosos, y que también abundan en la nación, se escandalizan de que esto pueda ser un escamoteo de otras libertades (cosa por otro lado cierta muchas veces). La verdad es que, a pesar de todo, la libertad siempre es buena, y no debemos despreciarla cuando escalamos un peldaño de la escarpada y difícil montaña en cuya cumbre se encuentra el conjunto de nuestros anhelos por la misma. Lo malo sería quedarnos satisfechos con ello: siempre es necesario ir adelante, olvidando lo ya conseguido, y centrando todos nuestros esfuerzos en lo por venir.

Las nuevas normas cinematográficas, que ya hemos visto cumplidas en algún film, centran así sus concesiones: "Se admitirá el desnudo siempre que esté exigido por la unidad total del film". Este es el punto de

## EL DESTAPE Y LOS PURITANOS

vista básico. Lo demás sería —según ellas— desvirtuar la idea céntrica. Por eso se rechazan dos casos: 1) "Cuando se presente con intención de despertar pasiones en el espectador normal"; y 2) cuando "incida en la pornografía". Pero, en cambio, se agranda el campo de la libertad cuando se presentan "exclusivamente ante públicos minoritarios", porque en ese caso "se interpretarán con la debida amplitud" tales normas.

Cualquiera puede comprobar la dificultad de medir la reacción pasional del espectador por el cómodo expediente de medir la moralidad por la cantidad. No hace mucho se proyectó la película Los Cuatro Mosqueteros, tolerada para menores, y los "rugidos" pasionales del público joven que asistía a la representación que yo vi, componían un espectáculo lamentable. En cambio la representación de Blow-up, donde el desnudo se proporciona en dosis inacostumbradas en nuestro país, no produjo la más mínima reac-

ción pasional en el público joven que asistía.

Los clérigos han dado a veces una idea deformada de la sexualidad y de la moral sexual. Su obsesión —por ejemplo— era, tras nuestra guerra civil, que las mujeres españolas asistieran con medias a las iglesias, considerando una grave infracción el ir al templo sin ellas, por el atractivo sensual que su ausencia creían que provocaba en el varón; pero esto es desconocer la más elemental psicología erótica. Y calibrar la sexualidad de una imagen por la cantidad de ropa que lleva, y sobre todo en una representación viva como es el cine, es olvidar los elementos básicos de la psicología relativa al atractivo sexual. Incluso clasificar —como se hacía en estos manuales de moral— la moralidad de un desnudo por sus elementos sueltos, como si lo fundamental fuesen sus diferentes partes y no el conjunto, es ignorar también todo lo que ha demostrado la psicología de la "Gestalt" acerca de la percepción: lo básico, en la captación de lo sensible, es la estructura y no el detalle ni sus elementos.

La moral que se había predicado y aplicado al cine, al espectáculo y a tantas otras manifestaciones del arte era una moral empírica sin base científica, que ahora vamos poco a poco rectificando con arreglo a los hallazgos de la ciencia antropológica, psicológica y social. Sólo gracias a estas ciencias humanas podremos empezar a tener una moral más seria, más aceptable, porque no se base ya en recetas, casuismos o reacciones emotivas de célibes apartados de la vida (como eran los difusores de esa moral que critico), sino en los conocimientos que la ciencia humana aporta. Acertaba el Papa Pablo VI en 1963, cuando todavía no vivía agobiado por sus reacciones neuróticas de angustia, diciendo en su discurso a los Graduados católicos, que los seglares eran quienes podían dar ese giro copernicano a la moral, porque son "los seglares católicos los que pueden útilmente suministrar" nuevos problemas y soluciones. Ellos son los que "desde todos los sectores de nuestras profesiones", con una formación humanotécnica y no clerical, pueden aportar "problemas nuevos, interesantísimos y muy amplios", y "considerados a la luz de conocimientos sistemáticos y científicos" en vez de ser planteados "al fondo de los antiguos manuales", ya que ahora —en nuestra cultura actual— "no deben ser tratados empíricamente".

¿Cuándo tendremos la valentía de proclamar los católicos las enseñanzas de la ciencia, y aceptar el apoyo que deben darnos sus conocimientos sobre el ser humano, olvidando recetas morales, anacrónicas o impropias, que no pueden orientar al hombre en su desarrollo vital, en su madurez psicológica ni en su eficacia social?